

Diablotexto *Digital*



LUIS GARCÍA MONTERO: *BALADA EN LA MUERTE DE LA POESÍA*
Madrid: Visor, Col. Palabra De Honor, 2016, 63 pp.

LAURA SCARANO
UNIVERSIDAD NACIONAL DE MAR DEL PLATA-CONICET, ARGENTINA

Balada en la muerte de la poesía posee la tonalidad lírica que caracteriza todos los poemarios de Luis García Montero (Granada, 1958), pero introduce una nota inquietante en su extensa cartografía. La voz que se resuelve en prosa establece una alternancia emotiva entre el ácido sarcasmo, la velada ironía y la desolada meditación. Se trata de un libro tenso, que no deja al lector resquicio alguno para la evasión, el alivio o la sonrisa. Es una especie de réquiem que busca aligerar su carga terminal con la musicalidad de la balada. Es una despedida en jirones pautados; son veintidós textos que recorren un proceso interior. Es una elegía al pasado, el de ese mundo amable poblado de poemas, donde la palabra luz iluminaba, los rostros se buscaban, la naturaleza era cobijo, y la historia se escribía con nombres, con valores, con afectos compartidos.

Luis nos enfrenta a un libro híbrido. Desde la tapa, la música (“balada”) se alía con la palabra (“poesía”) y la imagen, hecha dibujo por las “miradas de Juan Vida”, que acompañan desde la elocuencia del trazo gráfico la rotunda desolación de los poemas. Juan Vida pone rostros humanos a estas estaciones verbales, en un *vía crucis* de muerte al que asistimos como parte de un cortejo fúnebre. Imposible no sentirse involucrados ante la progresiva aniquilación de la poesía, en un mundo que - como reza el epígrafe de Jaime Gil de Biedma- es hostil y ajeno: “No es mío este tiempo”. Desde el primer texto asistimos a un anuncio a modo de slogan televisivo, repetido hasta la saturación: “La poesía ha muerto”. Y nos muestra su cadáver sin pudor, una y otra vez. Mientras “la gente huye de



sí misma, mira hacia otro lado”, el yo medita el saldo final: “Ahora sufro su muerte, callo y me siento solo. Y pesa el reloj, y son frías las paredes de la casa” (I: 19).

El sujeto se pierde, se adelgaza, se convierte en un “largo lamento” que llora una pérdida. La procesión de muerte recorre todas las etapas terminales y configura un léxico necrológico completo (crimen, cadáver, entierro, ataúd, sepulcro, incineración, etc.). La constatación de esta muerte pone en duda la verdad del lenguaje: “Nadie sabe nunca hasta dónde llega lo que se dice” (XV: 47). Frases lapidarias rematan el final de una era: “Un mundo sin palabras, otra forma de estar solo”, “Todo detrás de todo, camino de la nada”, “Esta es la balada de la gente que se quedó sin rostro” (XIII: 43). Y esta imagen última ratifica los retratos de Juan Vida: rostros intervenidos, agredidos, descompuestos. De las bocas no salen palabras sino hormigas, moscas; hay ruedas en los ojos, manzanas o manchas negras; las caras son una huella dactilar, una cinta; se pueblan de peces, se tachan con cruces, alambres de púas, hojas de afeitar, y hasta un revólver. Niños, mujeres, ancianos, picoteados por pájaros, mientras recorre toda la serie un alacrán dorado, un escorpión letal que “muere despacio las letras que conforman la palabra” (XV: 47).

Detrás de esta elegía se yergue una dura denuncia a la deshumanización de un mundo nuevo que fomenta hábitos de incomunicación e indiferencia, que descrea de vínculos y valores comunes. Su emblema es el vacío de las conversaciones telefónicas, avisos para nada dirigidos a gente que no escucha, mensajes olvidados sin destinatario. Frente a eso, el sujeto recupera otras llamadas: “Llaman después la vida retirada, la noche oscura”, “el amor constante para decir que no arde más allá de la muerte”, “el limonero dice que no madura en su patio” (X: 37). Necrológicas en periódicos, pantallas y ordenadores inauguran “el vocabulario de esta muerte”: “utilidad, mercantilismo, demanda, eficacia, nuevos tiempos, caracteres, prisa, cambio de época”. Ni los adjetivos califican ni los verbos entran y salen: “las palabras se aburren” (VI: 29). Y este aburrimiento encubre un vacío cultural en un planeta que no necesita de la poesía y sus poetas porque ha desertado del sentido. “Mundo desinfectado” lo llama, el “ciclo” inevitable de la biología, “un mundo nuevo que deja de ser mundo para rodar igual que los planetas”. Es sólo “el anticipo de la podredumbre” (XIV: 45).

El tono sostenido de acidez y amargura se ve en ocasiones aliviado por la fina ironía, como cuando la muerte adopta el rostro del funcionario de aduanas y antes de entrar en el inframundo exige a la poesía su declaración de identidad, bienes, propiedades, un



“formulario de migración para la nada”: “Nombre: Poesía. Nacionalidad: el tiempo y la palabra. Fecha de nacimiento: no se sabe, siempre se quitó años, pero nació seguro en los siglos de la hoguera y de las tribus. Tipo de viaje: no es turismo, no es negocio, tal vez formaba parte de una tripulación. Domicilio en la muerte: hotel de algún silencio que ya no pertenece a las conversaciones” (XIX: 55).

Desfilan las ciudades que habitó la poesía, y en esta procesión de luto urbano el sujeto busca “llegar hasta mí mismo, hasta la memoria y el olvido, para despedirme de todas las ciudades”. Nueva York, Buenos Aires, México y Bogotá, o Madrid, Cádiz y Granada, todas ellas se resumen en el París de Baudelaire, “maldito amigo muerto”, “en la nieve que se hace y se deshace” (IX: 35). Se enuncia una certeza aparentemente imbatible: “La poesía ha muerto y la vida es así” y “cada uno de sus conjurados desaparece en el espejo” (IV: 25). Es un “duelo” donde las ausencias desfilan como fantasmas: “Rafael no está, Ángel no está, Jaime no está, Javier no está, José Emilio no está”. Pero ante este duelo el poeta resiste: “sólo quiero buscar una tristeza común, una incredulidad compartida” (III: 23). Busca levantarse de ese sepulcro: “Pero yo estoy aquí, vigilo mi museo”, “me niego a la fatalidad” (XII: 41).

Si la poesía ha muerto es porque antes vivió. Y la voz recupera la estirpe de “los conjurados”, desde Lucrecio a Manrique, Bécquer o Leopardi, Borges, Machado, Lorca, Alberti, Blas de Otero y Ángel González. Esa historia sentimental poblada de poetas tutelares le reclaman su memoria, que recuerde con el sevillano “la primera tarde que estuvo solo con unas palabras verdaderas”, o vuelva a oír con el granadino “el pulso herido y el otro lado de las cosas” (XVIII: 53). Pero la muerte de la poesía es la del propio yo, la de una parte del ser que cifró su existencia en palabras encendidas, capaces de sostener un amor, fundar un país, compartir una historia, reclamar libertad, paz o justicia.

La poesía se ha convertido en “una ciudad desaparecida”, donde el sujeto habita como en un vacío: “Mi domicilio estaba en ese lado extraño”, confiesa. El poema enuncia su inexistencia; pero ¿se puede escribir poesía desde la conciencia de su muerte? Otra torsión y el discurso habilita el reencuentro de esos jirones del yo: “volver a uno mismo sin perderse es la tarea de las migraciones”. Por eso, en este texto final del libro, el poeta apuesta hacia delante y reanuda su oficio: “A puerta cerrada abro un cuaderno”. Y su tinta reescribe lo tachado por la sociedad; le permite un tenue renacer desde una genealogía que le devuelva sentido a su duelo (otra vez resuenan imágenes de Otero, Guillén, Alberti,



Salinas, Cernuda, Biedma, González, Rosales...). Y García Montero concluye una balada que infunde vida a aquella que el mundo da por muerta y enterrada: “oigo la música de una verdad fieramente humana, observo sus circunstancias, me busco y empiezo a escribir estos retornos de lo vivo lejano, este largo lamento, esta desolación de la quimera, estos poemas póstumos, estas palabras sin esperanza con convencimiento, esta casa encendida, esta balada en la muerte de la poesía” (XII: 61).

Si la poesía ha muerto es porque antes vivió. Y la mano que parece despedirla en un último adiós con sabor a derrota, se empeña en el rito de escribirla. Será por eso que el autor no tituló estas prosas dolientes como réquiem o epitafio; apostó por la balada. Esa “composición musical de ritmo lento, instrumentación suave y carácter íntimo y expresivo, de asunto generalmente amoroso”, como reza el diccionario. Porque de amor se vive y también se muere cuando de la poesía se trata.